

— Por lo uno y por lo otro.

El ingeniero se le quedó mirando... y llegó á perder la paciencia.

— No creía — dijo, conteniéndose con trabajo, que el amor le hubiera vaciado la cabeza hasta este punto. Por consiguiente, ¿usted busca un duelo?

Alzó aquél la cabeza, y con tono verdaderamente heróico, respondió:

— No lo busco, pero tampoco lo temo.

— Entonces no tengo otra cosa que decirle sino que es loco, enteramente loco — gritó el ingeniero exasperado — y que suya sea la responsabilidad, si así lo desea.

Y salió, cerrando con violencia la puerta.



## XXVII

Otra escena del mismo carácter de tragicomedia ocurría pocas horas después en el piso superior, causada por el mismo hecho.

La Pedani, volvió á su casa, á la hora de sentarse á la mesa, con el rostro algo turbado; su amiga que entonces estaba en buena relación con ella, le preguntó amablemente el por qué.

Algún tiempo antes no se hubiera atrevido á resollar; pero ahora que comenzaba á sentir la necesidad de abrir su espíritu, sin sospechar nada, contó *c* por *b* lo ocurrido, expresando la inquietud por las consecuencias que pudieran surgir.

Á las primeras palabras, la Zibelli sintióse herida en el corazón, pero disimuló y oyó hasta el fin. No pudo responder ni una palabra; sin embargo, la rabia la sofocaba. ¡También el estudiante! ¡Pero había nacido para su condenación aquella desventurada criatu-

ra! ¡Y quién sabe desde cuántos meses vivía aquel amor al que hacía algunas semanas servía de entretenimiento y quizá de estímulo! No acabó de comer; dijo que no se sentía bien. Pero si no se desahogaba, hubiese estallado. Y no pudiéndose desahogar, por dignidad, sobre aquel asunto, buscó otro con febril impaciencia.

Acabando de cenar de prisa, la Pedani abrió sobre la mesa, puesta aun, un atlas de Bauman, y se puso á examinar las figuras.

La Zibelli se paseaba por la habitación mordiéndose los labios.

De pronto, pasa por detrás de su amiga, y echando una ojeada á las láminas, exclama:

—¡Qué actitudes de payasos, santo Dios!

Molestada en este punto, la Pedani se sentía herida siempre en el acto. Le contestó:

—¡Ya es hora de que hagais alguna otra crítica más nueva si es que podeis! ¡en diez años he oído repetir siempre las mismas diez palabras!

—Porque siempre son justas, —replicó la Zibelli.—¡Y luego, hasta cuándo os hareis los sordos y estareis en adoración del gran jefe acróbata, como los artistas pagados de una compañía!

Era una impertinencia; pero la Pedani jamás se apoderaba de lo que á ella pudiera molestarla, no veía más que el argumento contrario.

—¡Gran jefe acróbata!—exclamó con irónica sonrisa—Más talento y mejor sentido tiene Bauman en un dedo meñique, del que encierran las cabezas de todos los partidarios de Oberman pasados, presentes y futuros. La cuestión está ya juzgada.

—¡Ah, todavía no!—respondió la Zibelli, volviéndose de espaldas.—Bauman es un gran desordenado que no tiene base fija; que hace, deshace, sin tener siquiera una idea clara, definida del propio método, y alarma al mundo entero para meter ruido. ¡No hay más!

—Bauman—dijo sumisamente la Pedani—ha dado á Italia una gimnasia que antes no tenía.

—¿Cómo se puede decir eso—replicó la Zibelli—cuando no ha hecho mas que exagerar todo lo que ya había y poner el modelo en caricatura, que es la cosa más facil de este mundo?

—¡Oh, eso es una indignidad!—exclamó la Pedani.—¿Y quién, entre otras cosas, ha enseñado antes que nadie á vuestro Ober-

man la gimnasia en los bancos? ¿Cómo podéis hablar vosotros en nombre de Oberman, que era progresista, que ahora sería baumanista si viviese, sin duda alguna, porque tenía talento, mientras vosotros no sois ni siquiera conservadores de lo suyo, sino que sois su degeneración?

La Zibelli se puso lívida, y dejó de razonar.

—Pues bien,—respondió— aun cuando así fuese, todo es preferible á marchar adelante con vosotros, con vuestra gimnasia de Alcides de plazuela, peligrosa para los niños, indecente para las muchachas y charlatanesca para todos.

Cuando la amiga daba en iras instantáneas, la Pedani volvía á ser dueña de sí.

—Pues bien,—respondió con abandono— dejadnos romper la cabeza, y guardaos vuestra gimnasia de chicos. No os hará el *bú* y salvareis el *pudor*.

Esto hizo salir de sus casillas á la Zibelli.

—No quiero que nadie se burle de mí... ¡ea!—gritó— ¡Estoy cansada de que me injurien! Hace ya rato... ¡Oh, no puedo más! ¡No puedo más!

Y se fué cerrando con todas sus fuerzas la puerta, y dejando á la Pedani con su atlas

abierto, más sorprendida que molesta. Pero también más cansada que nunca de todos aquellos cambios, de todos aquellos enfurecimientos, cuya causa solo vagamente sospechaba, pero que haciéndose más frecuentes cada vez, le hacian insoportable aquella convivencia.



## XXVIII

Todo fué de mal en peor en aquellos días incluso para don Celzani. Él no recibió los padrinos del estudiante porque el ingeniero había prohibido rigurosamente al hijo que diera curso al asunto; pero encontrándose dos días después á la señora Ginoni, que siempre se había mostrado atenta con él, hasta el punto de aceptar alguna vez su brazo para transportar su indolente naturaleza por las escaleras arriba, tuvo el dolor de que no correspondiera á su salud. ¡Y hubiérale ofendido aun más la afrenta si hubiese sabido que aquella buena señora no la había dirigido al ofensor de su hijo, sino al enamorado de la maestra; porque era quien estorbaba á su adorado Alfredo una conquista galante, sobre la cual hubiera gozado haciendo la vista gorda!

Recibió también aquel mismo día el golpe

de gracia; el mismo ingeniero Ginoni le lanzó idéntica afrenta, al pasar á su lado por la calle de San Francisco, sin volverse siquiera á mirarlo.

Quedaban, pues, rotas las relaciones, con toda la familia, y esto hizo crecer aun más el estado de excitación morbosa de su pasión.

Nuevos disgustos vinieron á mortificarle al día siguiente.

Entre las muchachas que venían á dar lección particular de gimnasia al piso tercero, había una especie de gitanilla, con los pelos cortos, rizados, hija de una vendedora de pomadas y cosméticos, también maestra de gimnasia, que iba á casa de la Pedani para aprender "combinaciones" de pasos rítmicos, que luego daba por suyos; y siendo muy apasionada por el arte, y un poco estrambótica, hacía experimentos continuos, fuese donde fuese, con las faldas en la mano, como si tuviese el baile de San Vito.

Ahora, las señoritas devotas del primer piso, habiéndola sorprendido dos veces sobre el descansillo, dando lecciones á pierna descubierta á otra discípula de la Pedani, escandalizadas y furiosas, mandaron á llamar al secretario para que impidiera aquellas indecencias, diciéndole que "no se sabía

en lo que había venido á parar la casa, por causa de la Pedani.,

El secretario, herido en su amor, y ya mal dispuesto, contestó con malas palabras, ellas trataron de probar los hechos, él levantó la voz y entonces le pusieron en la puerta, amenazándole con acudir al amo y exigiéndole que no las saludara jamás.

Aún le pasaron cosas peores en los días siguientes:

El caballero Borsetti le encargó que suplicara en su nombre al maestro Fassi que, á una cierta hora, no saltaran ni jugaran con las pesas sus hijos, porque le molestaban.

El secretario, irritado ya, no cumplió el encargo con la debida cortesía y dejó escapar la palabra *tumulto*.

El maestro se puso fuera de sí. Llamar tumulto á las experiencias científicas, á las preparaciones prácticas y razonadas que él hacía de sus propias lecciones, torturándose el cerebro en bien de la humanidad, le parecía el "non plus ultra," de la audacia, y apoyado por su mujer, pisoteó al secretario en toda regla, aludiendo con impertinencia á la Pedani, luego lo puso en la puerta, amenazándolo, y fué en son de queja á casa de Borsetti; el cual, acusando á don Celzani,

de haber cumplido mal su encargo, y comprometido á un caballero como á un marrano, lo increpó, se ofendió con sus respuestas, y no volvió á mirarlo más á la cara.

Estaba, pues, en guerra con todos, en aquella escalera. Pero aún había más.

De sus distracciones y de su irritabilidad, tenían motivo de queja, tiempo hacía, los inquilinos de la otra parte de la casa; y como la noticia de sus amores, causa de aquel gran cambio se habia difundido entre todos, todos hablaban alto y bajo de él, sin miramiento alguno.

En suma, la obstinación de aquel curilla extraviado, de querer á una muchacha que no le quería, parecia una petulante pretensión, con indicio de ridículo orgullo, ó de imbecilidad completa. Y ni siquiera le hacían el honor de llamar amor á su pasión; debía ser una fea inclinación de seminarista, envejecida, y se leía en los ojos; referíanse hasta brutales tentativas que había hecho con la señorita al subir las escaleras, le llamaban puerco, mirábanle de reojo; comenzaron más tarde por hacerle desaires, á los que él respondía con otros mayores, exacerbándole hasta el punto de ser él mismo el provocador.

Varios vecinos se quejaron por carta entonces al comendador, algunos de ellos aludiendo al escandaloso amor, á la descarada persecución á la maestra, á escenas que ocurrían en la escalera y en el portal, tales, que las madres de familia no podían ya salir con sus hijas sin correr el peligro de tenerse que tapar la cara con el abanico.

Tanto hicieron entre todos, que un día el comendador perdió al fin la paciencia, y decidió intimar á su sobrino por última vez á la hora en que volviera á comer. Sin embargo, no estaba dispuesto á usar las palabras más graves, porque le había puesto de buen humor una cartita de la Pedani, la cual le invitaba, para dos días después, á una función de gimnasia de las *Hijas de los militares*, en la cual se prometía hacer profundas observaciones.

Pero se incomodó al ver comparecer al secretario con la cabeza vendada, pálido y empolvado. Le preguntó qué tenía, y él se lo dijo.

En la Palestra, donde seguía yendo, aun después de perder toda esperanza, para domar sus nervios, habiéndose lanzado por desesperación á un ejercicio en demasía arriesgado sobre la barra de equilibrios, le

faltó un pie, y cayó al suelo, pegándose con la cabeza en un madero.

El comendador se irritó aún más con esto, calificándolo de payasada.

Después, con severidad nunca usada para con él, le dijo que estaba cansado de su negligencia, de su vida desordenada é indecorosa, y de las quejas que le llovían de todas partes; que el escándalo debía terminar, y que si en el espacio de una semana no cambiaba radicalmente toda su conducta, lo arrojaría fuera de la casa. Ya había puesto los ojos en alto. Dicho esto, y participándole que quería comer solo, lo dejó.



## XXIX

Todo esto le arrastró á la última desesperación, en la cual sólo una duda quedaba en su perturbada mente: si debía partir para Génova y embarcarse para América, ó quedarse en Turin y consumir su pequeño patrimonio en francachelas y locuras, hasta ponerse estúpido y poder olvidar.

De todos modos, tenía que marcharse pronto de aquella casa, donde la vida le era intolerable. Preparó muy en silencio sus cosas hasta muy entrada la noche. Luego se tendió vestido en la cama, pero no pudo dormir. Arrebatado por la fiebre, aguzó su oído por última vez para percibir los acostumbrados ruidos, y aquella noche precisamente no cesaron los rumores.

El tan esperado Congreso de maestros se había abierto hacía una semana; el día siguiente era precisamente el destinado á la discusión del tema de gimnasia, sobre el

cual la Pedani debía pronunciar su discurso. Estaba agitada, á cada paso se bajaba del lecho, volvía á acostarse, tornaba á bajar, y se ponía á dar vueltas por la habitación. Él oía perfectamente sus pies desnudos, y era para sus sentidos un tormento atroz; pero dominado por un gran sentimiento de ternura, por un dolor profundo de tener que abandonar para siempre aquel cuarto, y no volver á oír jamás aquellos ruidos familiares á sus oídos, que amaba más que nunca porque le recordaban tantas noches de insomnio, tantos deseos, tantas fantasías, tantas tristezas, y que no podría olvidar....

Recorrió en su mente el pasado, se puso en pie en su lecho para oír mejor sus pasos y sus suspiros; la invocó, la habló, lloró, se mordió los puños, y pasó una noche como un condenado á muerte.

Al alba se levantó cansado y sin fuerzas. La herida de la cabeza le dolía. Estuvo incierto toda la mañana sobre si debía despedirse de ella por carta, ó ir él en persona. Decidióse por esto último, y á la una y media subió.

La maestra estaba sola en su casa, un poco triste.

Después de la escena del estudiante, la

Zibelli le daba una vida amarga con otra nueva rareza: parecía querer desahogar toda su pasión en la mesa; quería gastar y despilfarrar en glotonerías; iban los gastos de cocina por un camino por el cual no podían seguir, y sin embargo, comiendo con la avidez de un avestruz, se quejaba de todo, armaba disputas endiabladas por una salsa que no había salido en punto, por el pan muy cocido, por la carne muy dura, ó por el vinagre sin gusto.

La Pedani ya no podía más.

Aquella serpiente la había envenenado aquella mañana también, en la cual hubiera necesitado mucha serenidad de ánimo para preparar su discurso. Mordida á la vez que de los celos por la envidia de su futuro triunfo, la Zibelli no había podido resistir al suplicio de verla hasta el último momento, y después de armarle una escena de las de costumbre, fustigando su ambición y presagiándole un fiasco, se había ido sin comer.

La Pedani estaba en el saloncito, dando el último repaso á su manuscrito, y vestida ya para el Congreso que empezaba á las dos y media. Tenía un vestido negro sin guarniciones que la ceñía como si fuera de malla, pareciendo más blanca de carnes y más alta

de estatura; la agitación de su espíritu daba á su rostro una especie de sensibilidad que nunca había revelado. Estaba sola, y no obstante la expectación de la hora deseada y el hermoso sol que llenaba de oro su habitación, estaba melancólica.

Algunas amigas que la víspera quedaron en venir para infundirle valor en los últimos momentos, no habían parecido. Le pesaba aquella soledad; jamás había deseado tanto la compañía.

Hizo, pues, un movimiento casi de alegría cuando le anunciaron al secretario.

Entró éste con el sombrero en la mano, notó el vestido negro y lanzó un suspiro. Con la frente vendada, pálido, triste, humillado, daba compasión verle.

No se quiso sentar.

La maestra le preguntó primero qué tenía en la cabeza.

—Me caí en el gimnasio—contestó. Le dijo que venía á saludarla por última vez.

La Pedani, creyó que iría como todos los años al campo, y le preguntó:

—¿Ni siquiera va usted al Congreso?

—El secretario, que no le visitó en su casa, se había olvidado. Si, sin duda iría antes al Congreso para

verla una vez más en la plenitud de su belleza y de su gloria, y luego se marcharía con su última imagen ante los ojos. Pero nada de esto le dijo; únicamente le dió las gracias por la invitación que ella le presentó.

—Parto...—añadió con voz conmovida.—He venido á despedirme... para siempre.

La maestra le miró, y pronto lo comprendió todo. ¿Mas qué podía decirle? Veía bien que la exhortación más leve para que procurara quedarse, la traduciría por una ilusión, casi por una promesa, y su franca naturaleza no le consentía hacerla, porque solo la hubiera hecho con la firme intención de mantenerla. Evitó sus miradas, volvió la vista hacia la ventana, un tanto cortada. Luego volvió á mirarlo; estaba con la cabeza baja y como meditabundo. Ella lo sabía todo y todo se le agolpó á su mente en aquel punto.

Habíale encontrado en aquella casa trabajador, tranquilo, bueno, querido de todos. Por ella había comenzado á perder la tranquilidad. Y todo se había derivado de aquí.

La maestra Zibelli se había enemistado con él; el maestro Fassi le había cogido odio; los Ginoni le habían vuelto las espaldas; el estudiante quería desafiarlo; Borsetti no le

saludaba ya; las señoritas del primer piso le habían arrojado de la casa; todos los inquilinos le habían declarado la guerra; el comendador le quería expulsar de casa, quizá le había expulsado ya, y él se iba solo y desterrado.

¡Y cuánto no habría suspirado antes de que ella se diera cuenta: cuántos desengaños y humillaciones no habría experimentado, y cuánto debía amarla para obstinarse hasta ese punto, después de tantas negativas suyas y á despecho de todo y con tanto perjuicio para él! Hasta por ella se había roto la cabeza.

Al mirarlo vendado, como ocurre muchas veces, el accidente cómico de aquella pobre cabeza fajada, así como la imagen que se le representó, viéndole rodar por el suelo desde el aparato de equilibrios, fué lo que dió el último impulso á su compasión, y la arrastró por vez primera á un sentimiento de ternura. Pero el pobre don Celzani, que no leía en su alma, no vió más que la sonrisa que expresaba el penúltimo de sus pensamientos y lo creyó una burla. Fué éste el último golpe.

—¡Ah!—exclamó con acento de desesperada angustia, levantando los ojos y alar-

gando los brazos.—¡No, esto no debería!... ¿Por qué me causa usted tanto dolor en este momento?

—¡Oh, señor Celzani! ¿Qué es lo que ha creído?—preguntó en un arranque la maestra lanzándose hacia él.

Una música de alegres voces resonó en aquel momento en la antesala, y un grupo de maestras vestidas de gala y sonrientes, penetró en el saloncillo, y fijándose apenas en el secretario, rodeó á la Pedani, formando alegre coro de saludos y de exclamaciones.

Eran sus compañeras que venían á buscarla para llevarla al Congreso; era su pasión, el mundo, la gloria, que la arrancaban para siempre, al Administrador, que hasta el consuelo del último adiós le arrebataban.

Don Celzani echó la última mirada de adoración, pura en aquel momento, á aquella hermosa criatura á quien jamás volvería á hablar, y tragándose las lágrimas, salió sin ser visto.

## XXX

Celebraba sus reuniones el Congreso en el Palacio Carignano, en el aula todavía intacta del antiguo Parlamento subalpino.

Había quizá aquel día más de trescientos congresistas, entre maestras y maestros, esparcidos sin orden por los escaños revestidos de terciopelo, pocos de los cuales estaban vacíos.

Un nuevo espectáculo ofrecía aquel lugar ilustre, donde había resonado la voz de los más grandes campeones de la revolución de Italia en los momentos más terribles y más gloriosos de nuestra historia, ocupado ahora por una multitud de maestros elementales que en su aspecto y en sus trajes representaban también todas las clases de la sociedad. No se prestaba, sin embargo, á la sátira la confrontación, porque hacía pensar que el Parlamento italiano se hallaba entonces muy lejano, en una ciudad donde pocos años antes